



OLIVIA de HAVILLAND

ERROL FLYNN



MURIERON *con las* **ROTAS PUESTAS**



MURIERON CON LAS BOTAS PUESTAS

Apasionante película de acción

Guión de

W. KLINE y A. MACKENZIE

Dirección

RAOUL WALSH

Es un film



EDICIONES BISTAGNE — Pasaje de la Paz, 10 bis — BARCELONA

REPARTO

George Armstrong Custer	ERROL FLYNN
Elizabeth Bacon	OLIVIA DE HAVILLAND
Ned Sharp	Arthur Kennedy
California Joe	Charley Grapewin
Samuel Bacon	Gene Lockart
«Caballo Loco»	Anthony Quin

MURIERON CON LAS BOTAS PUESTAS

(SINTESIS DEL ARGUMENTO DE LA PELICULA)

Junto a la entrada de la Academia Militar de West Point hallábase el sargento de guardia para recibir a los nuevos alumnos, llegados de todos los rincones de los Estados Unidos.

Entre los cadetes que se encontraban en aquellos momentos figuraba el llamado Sharp, vanidoso y socarrón, que hizo hincapié de sus buelas a los novatos por el placer de asombrarlos y reírse a sus costas, por lo que el sargento no pudo menos de decirle:

—Ea usted bastante insolente para ser un cadete. ¿No le parece, Sharp?

—Será porque puedo permitirme ese lujo—repuso él, con su fanfarropería habitual.

—Cualquier día se tropesará con la horma de su zapato, y algún recluta le dará un palizón del que no le librará ni el dinero de su padre.

—Eso es lo malo del ejército, sargento, que no hay distinciones.

—No. Todos son iguales cuando llegan aquí, y no damos la bienvenida en West Point, ni formamos guardia de honor a ningún cadete.

Sharp vio en aquel preciso instante avanzar por la avenida hacia la verja de la academia a un jinete luciendo un vistoso uniforme rematado por un sombrero con plumas, cuyo indumento tenía aire de personaje importante, o cuan-

do menos de D'Artagnan, de Los Tres Mosqueteros, y lo señaló al sargento:

—Pues allí viene alguien a quien se tendrá que formar guardia, de seguro. Debe de ser general de brigada por lo menos.

—Será algún extranjero que vendrá a visitar al comandante. ¡Que forme la guardia, oficial de día!

Y la guardia se formó. Y llegó el personaje. Se apodó y el sargento, haciéndole, con la guardia, los honores correspondientes, le dijo:

—Bienvenido a West Point, señor. ¿Viene tal vez a ver al comandante?

El desconocido, joven guapo y agradable, al que seguían unos magníficos ejemplares de perros, que contenía un la briga, saludó quitándose el sombrero y contestó:

—Sí, es justamente la persona a quien debo ver. Soy el señor Custer, George Armstrong Custer, de Monroe, Michigan, y he venido destinado, como cadete aquí.

Poco le faltó al sargento para desmayarse de la sorpresa y Sharp, llevado de su espíritu burlón, se hizo cargo del extravagante personaje.

—West Point le da la bienvenida. ¡Vaya coladura, sargento!

—¡Disuelva la guardia!—ordenó el sargento, disimulando su enojo. Y a Sharp:—Bien, ¿qué espera usted?

—Le indicaré sus habitaciones, señor Custer. ¿Tiene la bondad de seguirme, por favor?

—Sí.

El sargento se metió entonces con los perros.

—¿Y qué hace aquí esa jauría?

Pero Custer, con sus elegantes maneras, y con el aplomo de quien pisa firme en la vida, repuso:

—No se preocupe usted por ellos. Verá cómo me siguen. ¡Eh! Suéltalos, muchacho. Toma, un dólar para ti.

Le tiró la moneda al labalego y los perros fueron tras su dueño como si no hubieran hecho otra cosa en toda su vida.

Sharp la tomó con Custer. Iba a divertirse con él como con nadie. Y empezó así:

—Ven que le gustan las botas de montar, señor Custer.

—Es porque voy a ingresar en la 13 de Caballería, señor Sharp. Yo opino que un infante no vale mucha más que una bestia de carga.

—Es una buena comparación, señor Custer. ¿Y por qué ha querido honrar al ejército escogiendo esta carrera?

—La gloria, señor Sharp, la gloria. Me gustaría legar un hombre ilustre a la nación. He observado que erigen más estatuas a los soldados que a otros ciudadanos.

Pero, ¿qué pedazo de atún era aquel muchachote, pensaba Sharp.

Atravesaron unas corredoras y penetraron en una lujosa habitación, sin omitir a los perros.

—Ya hemos llegado, señor Custer. ¿Malditas ordenanzas! Aun no se han llevado los trastos de Pinchbilly. Pero no se apure, señor Custer, que lo arreglaremos en seguida. ¿Quiere ayudarme?

Y entre los dos vaciaron la habitación de maletas, ropas y todo cuanto había en ella al llegar a ocuparla Custer.

Tras lo cual desapareció Sharp, muy satisfecho al parecer, de lo que había hecho.

Custer dió unos buenos a moer a sus pezones, se tumbó en la cama y apenas lo hizo entró en la habitación un buen señor... que resultó ser nada menos que el comandante Rómulo Taipe, inspector y comandante de los cadetes... y ocupante de aquella habitación.

—¿Quién le trajo aquí y cómo se llama?—gritó exasperadamente el comandante.

Custer le comprendió todo en el acto. Sharp se había burlado de él tratándole exageradamente a lo gran señor, tomándolo por un idiota, pero era demasiado entero para ser zoplán y murmuró:

—Fango.

—¿Fango? No existe ese nombre en la academia. ¿Pretende usted acaso burlarse de mí?

Sonó la corneta de órdenes.

—Inspección de los nuevos cadetes—le explicó el comandante— Vaya a formar.

Y al ver la facha del recluta, con su anacrónico y apabullante uniforme y sombrero de plumas mosquitero, para confeccionarse los cuales tomó modelo del que él consideraba el rey de la caballería, uno de los más grandes héroes que habían existido en el mundo, el que llamaban el rey de la guerra y cuya táctica era "Tratar al non del cañón", el mariscal napoleónico Murat, masculló:

—Me parece que no va a estar mucho tiempo entre nosotros, señor Custer. Voy a recomendar que le hagan un examen mental.

Custer corrió a formar con los reclutas para la inspección reglamentaria y su presencia en las nuevas filas fué acogida con risitas burlonas al verde vistido de aquella manera.

El inspector era el propio comandante Taipe, el cual iba haciendo sus observaciones a cada nuevo cadete y que al llegar frente a Custer se le quedó mirando con cara de pocos amigos y le ordenó, dispuesto a sermonearlo de lo lindo:

—Cuádrase. ¿De frente? Que se cuadre ha dicho.

Pero Custer no se dio por aludido y fué Sharp, que seguía al comandante, quien le despertó de su indecisión al decirle, contemplándole socurridamente:

—Eso va contigo, mariscal Murat.

Custer no necesitó oír más. Había visto ya a Sharp y no podía contenerse. Se abalanzó sobre él y le propinó un puñetazo de los que se acusan visiblemente.

Naturalmente, el comandante-inspector lo hizo arrestar y fué conducido a presencia del coronel Sheridan, quien, digno y severo, le reprochó:

—Se le acusa de una ofensa gravísima. ¿No había orden que golpear a un superior es uno de los delitos militares, más graves y que en muchos casos se castiga con la muerte? ¿Por qué le pegó al señor Sharp?

—Siento no poder decirselo—repuso Custer sin temerarse—, porque era un asunto personal.

—No hay asuntos personales cuando se pasa revista. ¿Tiene algo más que alegar?

—No, señor.

—Pues no me queda otro recurso que despedirle a usted, de la Academia.

Custer palideció.

—¿Despedirme? No creía que por pelear me pudieran echar del ejército.

Taipe intervino a su vez, satisfecho de la expulsión, convencido del carácter extravagante de Custer, rematando el asunto:

—Pues ya queda enterado.

Pero resultó que Custer no se había alistado en ninguna parte, no había llenado ninguna hoja en la oficina del Snydante, ni había estado siquiera en dicha oficina; en una palabra, no había suscrito su ingreso todavía, por lo que no pertenecía aún al ejército. Esto le salvó del fulminante despedido y esto le hizo comprender que iba a contar en la Academia con un enemigo: Sharp y un jefe hostil, Taipe, el cual no compartió la opinión del coronel Sheridan acerca de Custer, en el que creía ver algo que le agradaba mucho, nobleza y carácter.

—Pues no sé lo que será—dijo secamente—. A mí me parece que va a ser el peor cadete que ha conocido West Point desde la promoción de Ulyses S. Grant.

* * *

La verdad era que Custer pensaba siempre en las mueras cuando estaba en clase. Desde luego, no le iba aquella disciplina. El necesitaba movimiento. Por tal motivo soñaba con la caballería, obsesionándose "el tratar al son del cañón" de su ídolo el gran Murat.

Y sucedió que al final de los estudios no se graduó. En cambio lo logró Sharp.

Y ocurrió que Abraham Lincoln fué elegido Presidente de los Estados Unidos, dando comienzo a la guerra de Secesión. Norte contra Sur. La Academia se vió obligada a separar a los cadetes y oficiales de ambos extremos, muy numerosos por cierto los del bando enemigo, y se tuvo que recurrir, dadas las urgentes necesidades de la guerra, a graduar a las clases inferiores para llenar los cuadros de la defensa.

Se reunió el consejo director presidido por el coronel

Sheridan, y, a pesar de los malos informes de Taípe, aquél llamó a Custer.

Pero Custer tardó en presentarse en el despacho. Y si tardó fue porque, estando él de guardia, y habiéndosele prohibido hablar, según las ordenanzas, con nadie en tal servicio, no atendió como se merecía a una lindísima muchacha, Isabel Bacon, de Monroe, nada menos, de Monroe, como él, que le preguntó por el coronel Sheridan y por el camino más rápido para dar con él.

Isabel, maravillosa criatura, se cansó de hablar y de protestar, porque Custer no decía ni pío, vigilado de lejos por el cabo de guardia. Y cuando le fueron a avisar que le reclamaba el coronel, entregó su fusil al cabo y echó a correr detrás de Isabel. Se explicó. Todo quedó aclarado. Se hicieron buenos amigos... y para demostrarlo quedó convertida esa cita para la noche.

Resuelto aquel asunto personal, encaminóse al despacho del coronel. Y en él recibió la mayor sorpresa que imaginar pudiera: el digno coronel le entregaba personalmente su diploma de segundo teniente, para que se alistase, como acababa de manifestarle delante de todos al ser interrogado, en el 2.º de caballería.

Tuvo que tomar el tren sin pérdida de momento y la linda Isabel se quedó desilusionada... pero aferrada con ahínco a la idea de que aquel hombre sería su marido. Así se lo dijo a su padre, que era buen amigo del coronel Sheridan, cuando el buen señor, comprendiendo lo que le pasaba a su hija, prometió quejarse del informal.

En Washington, Custer se aburría. Tenía prisa en ser destinado al 2.º de caballería, pero las cosas no iban como él deseara que fueran.

Había que esperar, pero él se impacientaba. Su destino dependía del ayudante general, personaje invisible de la Casa

Blanca. Pero Custer incendió una lámpara de petróleo en una chimenea de la antecala, empezó a gritar "¡Sabotaje! ¡Sabotaje!", mientras la gente corría de un lado a otro asustada y los funcionarios salían de sus despachos y aprovecharon la ocasión para colarse en el despacho del secretario del ayudante general, topándose con Taípe, su antiguo comandante, que era el mismísimo ayudante general.

Taípe, que conocía a Custer, comprendió que era el autor del conato de incendio y le cerró la puerta en las narices, asegurándole que no le iba a complacer en mucho tiempo y nunca para destinarlo a la caballería, sino a la infantería, cuerpo que le causaba horror a Custer.

Así las cosas, día la casualidad de que Custer estuviera comiendo en un buen restaurante cuando se presentó en el mismo el general Scott, buen gastronómico, como lo demostraba su voluminoso abdomen.

Y quiso también la casualidad que le sirvieran a Custer la última ración de cabellón con crema, que era el plato favorito del general, a quien fue a sedársela, entablándose una buena amistad entre ambos con tal motivo. Custer le expuso lo que ocurría, es decir, su deseo de incorporarse; el general accedió a complacerle y al salir juntos y llegar al pie del Capitolio encontraron a Taípe, que acababa de llegar allí a caballo, dejándolo en manos de un ordenanza. El general ordenó a Taípe —que retó con la mirada a Custer— que hiciera partir a Custer a reunirse con el 2.º de caballería, que debía entrar en combate sin demora, y como Taípe dijese que así lo haría cuando se encontrase un caballo disponible, ni corto ni perezoso Custer, al desaparecer el general y Taípe, montó sobre el caballo de éste y se fue a incorporar a su destino.

Fue muy bien recibido por sus compañeros de armas, menos por uno, Sharp, su enemigo de siempre, que resultaba

ser jefe de un escuadrón. Iba a liarse a púñetas, como de costumbre, con él, prescindiendo de jerarquías, impidiéndolo la llegada del coronel.



Fue muy bien recibido por sus compañeros de armas, menos por uno: Sharp, que resultaba ser jefe de su escuadrón.

—Ha llegado en un momento oportuno —le dijo a Custer al ser presentado—. Partimos para el enlace Manassas. Atacaremos a las cuatro de la mañana.

—¿Cuatro de la mañana? ¡Estupendo! —exclamó Custer—. A las cuatro de la tarde correremos tras ellos. Ya sabía yo que al llegar se pondría en movimiento todo.

Metido en la lucha, tenía que hacer grandes cosas. Se

destacó en un encarnizado combate. Se trataba aquella vez de defender un puente por el que debía pasar la infantería. Hizo desmontar a sus muchachos, puso el mismo pie en tierra y lucharon denodadamente por contener el avance del enemigo. Sharp, jefe de escuadrón, le gritó, apareciendo a caballo ante él:

—¿Qué haces aquí, Custer? Te dieron orden de replegarte a Canterville.

Custer no compartía esta opinión y como Sharp se pusiera pesado, lo derribó de caballo y arengó a sus soldados, salvando el paso de toda la infantería, no sin estar herido, en el momento en que llegaba con sus oficiales el entonces



Se destacó en un encarnizado combate...



Custer no compartía su opinión, y como Sharp se pusiera pesada, le derribó del caballo.

general Sheridan, el buen coronel de la Academia de West Point, quien, satisfecho de su proeza, le dijo:

—No creo que se le puedan negar dos semanas de hospital y una oportunidad de ir a casa. ¡Buena suerte!

Lo evacuaron. Su herida no era gran cosa. Tuvo cinco enfermeras atentas a sus menores deseos, pues todas se dieron cita para cuidarle, encantadas de su trato, allí le impusieron una medalla, aunque por su desobediencia a Sharp le correspondía el más severo castigo —el pelotón de ejecución—, pero salió bien la cosa y... le tocó la medalla. Fue el mismo general Sheridan, su buen amigo, quien

se la colocó en el pecho y quien, a instancias del héroe, le hizo una carta de presentación para el señor Bacon, de Monroe, padre de Isabel.

No estaba completamente curado, pero se marchó rápidamente hacia Monroe, dispuesto a aprovechar los días de permiso visitando a Isabel.

Al llegar a un pueblo, y antes de ir a casa de los Bacon, entró en un café, al pasar frente al cual oyó tocar al piano una marcha militar que llamó su atención.

Allí conoció a Bevin, que había pertenecido al 3.º de Lanceros Reales y que entonces pertenecía al 1.º de Caballería de Michigan.

Custer se presentó y un nombre fue recordado como el del autor del brillante ataque en Bull Run.

Se hicieron grandes amigos. Bevin volvió a tocar la canción, titulada Garryowen, que a los Lanceros Reales les gustaba cantar porque iba muy bien mientras galopaban.

Custer se entusiasmaba con la canción, que quería aprender, y bebía y comía cebollas tiernas que eran su debilidad, cantando sin cesar, cuando entró en el local un señor muy serio, el dueño de la loca, que iba a cobrar personalmente el alquiler. Ese señor serio resultó ser el señor Bacon, el austero señor Bacon, a quien le repugnaba ser dueño, por herencia, de aquel local, que desearía desapareciera para alquilarlo para otro negocio que no fuera un bar.

Como nadie le hubiera caso se metió con todo el mundo y principalmente con los soldados, sobre todo con Custer, a quien censuró que también estuviera borracho.

Custer salió en defensa de Bevin, sus compañeros y él mismo, que se divertían mercedamente, y llenó de epítetos a cual más desagradable al señor Bacon... ¡ignorando que era el padre de Isabel y el gran amigo del general Sheridan que le había entregado una carta de recomendación!

Isabel se hallaba, entretanto, como cosa del destino, ocupándose de Custer con Callie; la buena ama negra, que quería a su niña más que a las de sus ojos. No era la primera vez, pero aquella vez la negrita, con juego de brujería, veía en el fondo de una taza de té la figura de un hombre, sí, un hombre que se acercaba, un hombre que...

¡Riñ! Sonó el timbre de la puerta! ¡Era el hombre! Era Custer en persona.

Isabel disimuló su alegría y su turbación. Fingió no conocerle. Pero no había remedio. Se rompió el hielo y se aclaró lo del plantón aquella noche del día en que se conocieron y hasta Isabel comió cebollitas con Custer a pesar de no haber podido soportar nunca su olor ni desde lejos. Una vez más quedaba demostrado aquello de "Contigo pan y cebolla".

Pero llegó el padre... y se acabaron las cebollitas y las sonrisas. Nada, nada. A la calle con carta o sin carta de recomendación. Después de todo lo que le había dicho en el bar! ¡Póera! ¡Fuera!

La negrita se encargó de acompañarlo hasta la puerta, casi empujándole para que desapareciera antes, pero al ir a traspasar el umbral le guiñó un ojo y le murmuró que aguardase al jardín por la noche.

Se vieron, pues, Isabel y Custer, pero fué para despedirse éste de su aduana, ya que había recibido orden de reintegrarse inmediatamente a su regimiento, pero se prometieron, estrechamente abrazados, para toda la vida.

* * *

Taipe no había olvidado que Custer le quitó su caballo y se había empeñado en recuperarlo; pero el coronel del regimiento de Custer esperaba el regreso de éste para pro-

ceder a tal devolución, en vista de lo cual Taipe se dispuso a dictar una orden dirigida al propio Custer y cuando el secretario había ya encabezado el escrito con el nombre y dirección de Custer, fué requerido por el general Scott, que andaba como vulgarmente se dice "de cabeza" ante la gravedad de la situación en el frente; y cuando volvió al



Se rompió el hielo y se aclaró lo del plantón aquella noche.

lado del citado secretario, después de recibir la orden del general de nombrar enseguida, urgentemente, un general para la brigada de Michigan en Hannover, eligiendo para ello al coronel más antiguo, dictó la orden dejando para luego consultar quién era el coronel más antiguo para indicar su nombre en la cabecera de la citada orden, y ocurrió

que el secretario, creyendo que se trataba de la continuación del escrito interrumpido, dirigió el nombramiento de general a Custer, haciendo firmar la orden a Taípe.

Ni que decir tiene que Custer no volvía de su asombro, ni sus jefes, ni los coroneles más antiguos, ni muchos menos Sharp, que parecía su sombra, pues se lo encontraba siempre en todas partes. Pero no se arredró y, pensando en Murut, se hizo hacer un uniforme brillantemente galonado...

¡Qué cara puso Taípe cuando se enteró de que había nombrado al mismo, por error, general de la Brigada de Michigan a Custer, el más irresponsable, incompetente y borracho segundo teniente del ejército!

Pero las noticias prematuras se transformaron en imparablemente alentadoras. ¡Custer, obrando guiado por su intuición, se desviaba del punto señalado y atacaba en sentido contrario cuando el peligro era mayor!

Custer condujo a sus hombres a la victoria. Repitió tres veces el ataque, con el quinto, sexto y séptimo regimientos, causando grandes pérdidas, pero sin descorazonarse, hasta derrotar al adversario mandado por brillante jefe. ¡Fueron tres magníficas cargas "al son del cañón"! Tres apoteósicas cargas con las que venció al bando contrario y a su enemigo Taípe, pues el general Scott impidió a ésta desistirse como se lo había propuesto al darse cuenta de su error.

..

Custer llegó milagrosamente sano y salvo al final de la guerra y a su regreso a Monroe devuelto a la vida civil, fue recibido como héroe nacional. Y el señor Bacon consiguió encantado en que se casara con su hija Isabel.



Custer condujo a sus hombres a la victoria.

e hizo santamente el buen señor, pues Custer se hubiese casado con su consentimiento o sin él.

Isabel y Custer vivieron muy felices... pero la inactividad de Custer, militar hasta la médula, amenazaba con dar al traste con su felicidad. Mataba las horas hablando de batallas y bebiendo mucho.

Sharp y su padre pretendieron aprovecharse de su glorioso nombre, proponiéndole aceptase la presidencia de una Compañía Ferroviaria y Comercial del Oeste, explotadora de terrenos en poder de los indios.

Custer se negó a ello. Era un juego en que él no entra-



...hasta santamente al buen fin, pues Custer se hubiese casado con su consentimiento a sin él.

ría nunca para pasar incógnitos, indignándole el hecho de que Sharp, haciendo protesta de amistad, y su padre, le hubieran creído capaz de venderse.

A Isabel la preocupaba cada día más la adicción a la bebida de su esposo y, recomendada por el general Sheridan al general Scott, obtuvo de éste devolverse al servicio activo, dándole un destino, a pesar de haber otros más indicados que él en el ejército, ya que, vueltas las cosas a la normalidad, se había de tener en cuenta la antigüedad. Y Scott le mandó una carta a Custer, nombrándole coronel del Fuer-



Isabel y Custer vivieron muy felices.

te Lincoln, no sospechando el interesado la intervención de su esposa.

Lo abandonaron todo, esas comodidades, y se trasladaron al Oeste, al Fuerte Lincoln.

Al llegar a destino, se encontraron con un ataque de los indios y cayó en sus manos el cabecilla "Caballo Loco", a quien impidió que lo colgaran de un árbol y haciéndolo encerrar en una especie de calabozo, vigilado por un soldado.

El indio agradeció la palabra de Custer de no ahorcarlo y dió orden a sus guerreros, que estaban a la expectativa,



Y Scott le mandó una carta a Custer, nombrándole coronel del Puente Lincoln.

de retirarse sin proseguir el ataque. Luego hablarían los dos jefes.

Peró al inspeccionar el Puente, Custer se dió cuenta de la indisciplina que en él reinaba, de lo mucho que había que hacer allí y su enojo fué mayúsculo al reconocer en el dueño del bar en donde se enhorrachaba la gente y en el que se vendían armas a los indios, a Sharp. Sin vacilar hizo cerrar el establecimiento y salir del Puente a los indios, pero antes fué libertado por uno de ellos el jefe "Caballo Loco", y volvieron los indios a atacar.

Custer dirigió a sus soldados y oficiales con el ardor de siempre, al son del cañón, cantando aquella canción aprendida en Monterrey, del oficial Bevin, al cual, y con mucho agrado por cierto, había encontrado también en el Puente. ¡Qué aventurero aquel Bevin, que se hacía llamar ahora Butler! La canción fué adoptada como himno y hasta la entonaba el marrotero Calaverita, un vejete que sabía de indios más que los propios indios y que fué de gran utilidad a Custer.

Acorralados, los indios solicitaron una tregua. Se adelantó "Caballo Loco" a "Caballo Largo", que era Custer, y prometió en nombre de todos no luchar nunca más si les



Custer dirigió a sus soldados y oficiales con el ardor de siempre...

dejaban vivir en paz en Montes Negros. Custer aceptó y así nació una era de paz para todos.

El tratado de paz con los indios puso al borde de la bancarrota a la Compañía Ferroviaria de Sharp y, para evitar su desaparición, presionaron cerca del Gobierno de Washington para que nombrasen a Taipe para el cargo de Comisionado Especial. Taipe trabajaba con ellos y pronto lo demostró, autorizando a abrir el bar, donde, ofreciendo bebida gratis, logró Sharp que se emborracharan los soldados para abochornar a Custer delante de Taipe, al pasar éste revista.

Custer, ciego de indignación, se fué a la cantina, agarró por el cuello a Sharp, quiso intervenir Taipe, pero fué a



„agarró por el cuello a Sharp.“

su vez maltreado por lo que Custer debería presentarse en un Consejo de Guerra.

Todo les salía a pedir de boca a Sharp, su padre y Taipe. Hicieron correr la falsa noticia de que se había encontrado oro en Montes Negros, para vender acciones de su Compañía, y la gente acudía, engañada, solicitándose los indios al ver halladas sus tierras.

Custer atacó en Washington a los miserables Sharp y Taipe, pero de nada le valió.

Tuvo que recurrir al propio presidente de los Estados Unidos, que lo era entonces Ulysses S. Grant, el gran soldado, y recordándole su vida militar logró su empeño de ser restituido a su puesto.



„quiso intervenir Taipe, pero fué a su vez maltreado.“



Tuvo que recurrir al propio Presidente.

Volvió, pues, al Fuerte. Todos parecían esperarle. Entrarían en acción, para sumarse a las tropas que hacían frente a los sublevados indios, y Custer se llevó con él a Sharp para que viese lo que había hecho y las vidas que costaba su vil conducta.

La víspera de la gran batalla con los indios de todas las tribus, Custer se despidió visiblemente emocionado de su esposa. Isabel tenía un presentimiento y él sentía dejaria. Luego, en su tienda de campaña, escribió una importante carta; pensó que Bevin era inglés, no americano, y quiso, con un pretexto, alejarla de lo que iba a ser espantosa carnicería.

Pero Bevin, digno y fiero como él, comprendió el ardor y negóse a abandonarla.

Y al día siguiente el cielo fué testigo de la más desigual batalla que imaginarse pueda. Un puñado de valientes defendiéndose contra seis mil indios que se lanzaban sobre ellos en oleadas sucesivas, dejando ininidad de cadáveres en el suelo, pero causando numerosas bajas en los soldados.

Sharp se rehabilitó en la lucha, defendiendo los colores de su patria hasta morir en brazos de Custer.

El número de los resistentes era cada vez menor. Bevin cayó también, atravesado por una flecha, y el viejo Cal-tornia erupió por última vez en dirección a los indios.



Isabel tenía un presentimiento y él sentía dejaria.



En su tienda, escribió una importante carta...

con su característico desprecio, al exhalar el último suspiro. Custer parecía el día de la vejez. Manteniéndose aún



Un puñado de valientes defendiéndose contra seis mil indios.

erguido, pero cayó al fin, como habían caído todos los demás, haciendo pagar muy cara su vida.

Todo se puso en claro. Fueron desemmascarados los culpables. El general Sheridan, acompañado de la caballería

Isabel, obligó a Taípe a dimitir a cambio de entregarse la carta que Custer escribiera poco antes de morir, revelando



Custer parecía el dios de la venganza...

la culpabilidad de Taípe y de los Sharp al engañar a la gente asegurándoles que había oro en Montes Negros, con lo que no hicieron más que llevar a millares de hombres, mujeres y niños a una muerte cierta en terreno que era sagrado para los indios.

El viejo Sharp, apenado por la muerte de su hijo, aconsejó a Taípe que firmase su dimisión, y quedó saliendo de entre aquella maldita sociedad. Pero Isabel no queda nada feliz del todo hasta que el general Sheridan le aseguró que, conforme lo había pedido Custer en su carta poco antes de ir a la muerte segura, los indios serían protegidos en su derecho a vivir en su propio país.

Así Custer cumplió la palabra dada a "Caballo Loco" cuando concertaron juntos la paz.

Custer ganó, pues, también su última batalla. ●

F I N



